

EL CORONEL NO TIENE QUIEN LE ESCRIBA

Gabriel García Márquez

CLUB DE LECTURA

El 7 de noviembre comenzamos la temporada lectora, lo hicimos con un clásico en nuestra lengua. Para casi todos fue una relectura. Hablamos de los cambios y matices que surgen en las sucesivas lecturas de un mismo libro y cómo algunos no salen indemnes tras la segunda o tercera lectura, así llegamos a las distintas interpretaciones según el momento personal o las vicisitudes de diversa naturaleza que transiten por la vida de cada lector.

Centrándonos en lo que toca hoy, nos encontramos con una novela de retórica contenida y montaje estudiado, que soportó con desigual suerte la relectura de nuestro grupo: Hubo lectores que siguieron eligiéndola y se entregaron, sin condiciones, al coronel; otros, en cambio, expresaron cierta desilusión; en cierto modo, filias o fobias de lectores apasionados que empezaban a ocupar nuestra sesión. Eso sí, si algo tomó cuerpo en este primer encuentro, fue el entusiasmo por la lectura que tiene este grupo.

Dice el coronel “todo será distinto cuando acabe de llover”, esta afirmación confiere al protagonista esperanza y una tenacidad incombustible que se sitúan por encima de la indigencia, de la enfermedad y de la miseria en que vive esta pareja de ancianos; el coronel nunca pierde el ánimo, hace gala de un espíritu refractario al desánimo: Esa confianza en el futuro, esa espera por la lancha todos los viernes son un pulso al tiempo.

Varios lectores acudieron a la dignidad, al amor propio, a la lealtad hacia el hijo muerto como explicación al comportamiento del coronel: realidades internas que le hacen perseverar, y que nosotros percibimos como razones, que nos emocionan y despiertan una empatía por el anciano, sobre todo porque nunca pensamos que la lancha vaya a traer el correo de la pensión. En otra línea, otros lectores se detuvieron en la repetición que envuelve toda la narración convirtiéndola en una trama sin sorpresa; frente a esto, quienes estábamos en la línea de la admiración, considerábamos esta repetición como un acierto y no como un demérito. Alguien más directo resumió a nuestro coronel como un pobre hombre pero con honor y a la novela como la historia de un matrimonio de ancianos sometidos al dolor de la pérdida de un hijo y atrapados en una sociedad sin libertad, con censura política.

Dentro del hogar, la respiración asmática de la esposa enferma y el olor de las hierbas medicinales. Y poco más. Cuando la mujer pregunta al esposo: -Dime, qué comemos, éste responde: -Mierda. Han tenido que pasar setenta y cinco años para poder responder así el coronel.

Sobre la mesa, se colocaron calificaciones negativas al comportamiento del coronel por el sometimiento de su esposa asmática a un severo abandono y prolongada miseria; sí, muy bien –dijeron algunos lectores- podríamos justificarlo aludiendo al sentimiento de fidelidad al hijo en el cuidado extremo al gallo, pero la situación de la esposa es de indigencia completa: Se muere por enfermedad y por hambre ante la férrea decisión del esposo. No se lo consentimos ni al coronel.

Aun así algunos seguimos apostando por la belleza de la inquebrantable figura del coronel que en palabras de Caballero Bonald “recorre las imágenes portuarias, la presencia del río, las callejas, el laberinto de almacenes y barracas con mercancías de colores en exhibición”.

Disfrutamos y nos reímos. Por qué no, habíamos compartido nuestra experiencia tras la lectura, y arrancaba una nueva temporada.